

Pablo Stelingis

Carlos Pezoa Véliz, poeta modernista innovador

PALABRAS PRELIMINARES



CARLOS Pezoa Véliz es uno de los escritores cuya vida y cuya obra se ha interpretado de un modo diferente y desigual. Para unos críticos Pezoa Véliz es un simple poeta criollista, que no alcanzó a vivir mucho, ni supo sentir hondo; para otros, defensores de los valores propios de la tierra natal, es un escritor auténtico y grande. Que en torno a Pezoa Véliz existen juicios poco uniformes y, todavía más, una confusión interpretativa, lo refleja hasta la famosa obra de Pedro Henríquez Ureña. Cuando el insigne historiador de *Las corrientes literarias en la América Hispánica* trata de ubicarlo dentro de la literatura americana, aparece primero nuestro poeta al lado de los más grandes escritores modernistas: Julio Herrera y Reissig, José Santos Chocano, Enrique González Martínez, Pezoa Véliz, entre otros, forman este solemne grupo de poetas (cf. ob. cit., página 172). Pero, a la vez, en el mismo libro, lo pasa luego a una breve nota secundaria, colocándolo entre “un grupo de poetas menores muy interesantes y originales” (ob. cit., págs. 176 y 260). ¿Cómo es entonces? ¿Es Carlos Pezoa Véliz un poeta menor, o es

un poeta grande? Nos parece que esta presentación algo ambigua y, desde el punto de vista crítico, demasiado general, puede inducir a una interpretación confusa. Si Carlos Pezoa Véliz es un poeta grande, ¿en qué consiste su grandeza? y, si no lo es, ¿en qué sentido es un poeta menor? Estas y otras preguntas surgen al enfrentarse con la obra poética del joven escritor.

El presente estudio, sin más pretensiones que las de ser un simple acercamiento a su obra, se propone la finalidad de captar el perfil poético de Carlos Pezoa Véliz y quiere señalar en qué sentido el joven chileno es un poeta innovador. Para lograr nuestro propósito nos adentraremos en su vida y en su obra, dándole preferencia a lo último, porque creemos que la finalidad de la crítica literaria no es tanto una descripción biográfica detallada, como el estudio de un cosmos poético. El análisis detenido de sus temas cardinales, como la comparación de su obra poética con la de otros escritores, especialmente con la poesía de Rubén Darío, nos ayudará en nuestro camino de acercamiento crítico.

A pesar de que sobre Pezoa Véliz se han escrito varios estudios, generalmente no son sino observaciones más o menos breves. Es el prologuista de *Alma Chilena* (selección de versos y de prosa de Pezoa Véliz, recopilada por Ernesto Montenegro, Valparaíso, 1912), quien alude primero en un libro a la obra de Pezoa Véliz. El mismo año, aunque un poco más tarde, Armando Donoso publicó en Valencia *Los Nuevos*, libro de ensayos sobre la joven literatura chilena, donde, en líneas generales, dejó estampado un agudo dictamen sobre el joven escritor. El último y más extenso estudio sobre Pezoa Véliz, publicado hace dos años por Antonio de Undurraga (*Pezoa Véliz, Biografía, Crítica y Antología*, edit. Nascimento, Santiago de Chile, 1951), es un estudio bien documentado y valioso por su parte biográfica, pero de poco alcance en su parte crítica. El autor del ensayo demuestra gran amor para descubrir la verdad en la vida de Pezoa Véliz, su estudio es rico en datos, pero lo que choca a nuestra sensibilidad es su criterio matemático, que

inconscientemente aplica en la crítica literaria. Dice Antonio de Undurraga, que Pezoa Véliz tiene sólo 12 poemas definitivos: "cuota que, según nuestras investigaciones y estudios —subrayamos el hecho para eliminar toda idea de cábala— no ha podido ser ni de once, ni de trece poemas" (ob. cit., pág. 183). Con estas palabras Antonio de Undurraga afirma lo que la crítica moderna niega. Y ¿por qué Pezoa Véliz tiene sólo doce poemas de valor, y no once ni trece? Nos parece que la afirmación de Antonio de Undurraga es demasiado rígida. La crítica literaria no es una demostración matemática y siempre tendrá algo de impresión personal y, a veces, al lado de los poemas definitivos, una poesía de inferior grado estético vale mucho como documento espiritual para la comprensión de lo definitivo. Por esas y algunas otras razones no podemos estar de acuerdo con las investigaciones críticas de Antonio de Undurraga, que tienen pretensiones de ser definitivas, encerrando a nuestro escritor dentro del estricto margen de sus doce poemas.

Además, nos parece que el método histórico-biográfico (o mejor dicho, acumulador de detalles intrascendentes), que tan a menudo se usa en la crítica literaria, es una cosa un poco anticuada. Sin ser partidarios de la supresión total de los datos biográficos en la valoración literaria, como lo hace, p. ej., la crítica idealista, preferimos dar más importancia al análisis directo de la obra. Las presentes páginas intentan aproximarse a un análisis más o menos prolongado y directo de la obra poética de Carlos Pezoa Véliz y, a la vez, quieren expresar el amor al joven poeta, cuya obra y cuya vida interrumpiera una temprana muerte.

EL AUTOR

I

RASGOS BIOGRAFICOS

Carlos Pezoa Véliz pertenece al grupo de los poetas que han muerto joven. Garcilaso de la Vega, Gustavo Adolfo Bécquer, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, entre otros muchos escritores, son poetas cuya existencia en la tierra no duró mucho. Pezoa Véliz, como el romántico poeta alemán Novalis, no alcanzó a vivir ni los treinta años: nacido el 21 de julio de 1879, muere el 21 de abril de 1908.

Santiago es su ciudad natal. Gran amor sentía el poeta por ella. En una "Carta de Viña del Mar", escribe:

"No sabe usted qué inmensa dicha, qué grandiosa dicha la de vivir en Santiago... ¡Qué vida esa del centro, de su Alameda en verano, de sus portales y teatros, de sus tipos impregnados de la grandeza santiaguina con chifladuras que sólo se notan desde el provinciano frío de nosotros. Santiago hace llorar veinte veces diarias a sus santiaguinos; pero los hace reír treinta con inmensa alegría de almas llenas de vida.

"¡Oh qué juventud esa que se agolpa en las reuniones intelectuales! Poblaciones de mozos entusiastas, ansiosos de aplaudir, ansiosos de levantar a alguien... ¡Ah, bendito Santiago mío! Nací en él; mía es su alma, y la mía es suya.

"Tengo en mis oídos su rumor de coches, su ruido de tráfico, sus gritos de vendedores, su siempre desconocida población, las voces de mis padres, mis sufrimientos tan amados hoy que están lejanos. ¿Recuerda usted? Mi voz era siempre acalorada; mis versos primeros, aunque horrorosamente malos, eran siempre buenos... ¡la fe, amigo!

"Sus edificios suntuosos ¡qué deseos nos provocan de ser grandes como ellos! Sus mujeres ¡qué lujuria nos hacen correr a lo largo de los nervios excitados por la vida!" (1).

Así escribía Pezoa Véliz el 26 de mayo de 1904, cuatro años antes de llegar para descansar eternamente en su ciudad natal. Es una nostalgia de su ciudad querida y, a la vez, un elogio de la urbe, como en los famosos versos de la "Grandeza Mexicana", de Bernardo de Balbuena. Edificios, mujeres, coches, alegría, son elementos tras los cuales corren los corazones de estos dos poetas, separados por los siglos, pero unidos con el mismo latido del corazón humano.

La felicidad y el bienestar era el gran deseo de toda su vida. En parte, en él vemos cumplidas las románticas palabras de Manuel Gutiérrez Nájera: "morir, y joven" (2), en la flor de su edad; pero ya con el cuerpo y el alma dañada. Su vida, breve y trágica, se nos abre dolorosamente ante nuestros ojos.

Carlos Pezoa Véliz proviene de gente humilde y se le designa como un hijo natural de Elvira Jaña, criada doméstica y aparadora de un taller de calzado, y de un español, empleado en una tienda (3). De su niñez no quedan noticias. Sabemos que el matrimonio, constituido por don José María Pezoa y doña Emerenciana Véliz, dueños de un baratillo de zapatos y de un despacho de leña y licores, lo adoptó como su hijo. Hay señas que en los años de infante el joven poeta anduvo allí por el "espacio de la calle San Diego" (4), y allí hizo sus estudios primarios, en la Escuela Pública número 3. En 1892 lo vemos seguir su primer año de humanidades en el Instituto Nacional y luego, al año siguiente, el 4 de marzo de 1893, se matriculó en el colegio de San Agustín de Santiago. Pero no duró mucho en sus estudios. Hay lagunas en su vida y no sabemos bien lo que hizo Pezoa Véliz al abandonar el colegio. Sólo se sabe que, mucho más tarde, Enrique Oportus, gran bohemio y humanista, fué su profesor, con el cual completó los interrumpidos estudios.

En 1898 entró al ejército, como guardia nacional. Sirve de subteniente, pero su estada en las filas militares no fué larga. Pezoa Véliz es un espíritu soñador y no un rígido militar: "a la dis-

ciplina del galoneado militar —dice en sus “Pensamientos”, recogidos por Armando Donoso—, prefiero mi libertad de pobre vagabundo porque es más sufrible el hambre del estómago que la espantosa sed del espíritu” (5). Así como lo dice, sus militares galones de subteniente luego los deja por la humilde chaqueta de un bohemio poeta.

Entonces Pezoa Véliz tenía alrededor de veinte años. Lo vemos preocupado de instruirse y ayudar a su familia. Estudia y trabaja, y, por las noches, sigue los cursos de francés y contabilidad en el Instituto Comercial de Santiago. Son días de esperanza y de un apasionado y romántico amor con Lorenza Lecaros. En su “Diario” de vida, leemos:

“El pelo negro le cae tan bien sobre su cabecita de virgen india. Se conoce que quiere como loca” (6).

Y en otro lugar:

“En mi vida he visto una luna más soberbiamente hermosa. Parece un cristal brillante como un diamante pulido, tras cuyas paredes Dios hubiera puesto una luz clara e igual. La frente soñadora de Lorenza parece tomar un tinte en que se refleja algo de la poesía que engalana a la reina naturaleza. ¡Qué bien nos sentimos!” (7).

Lorenza es la mujer que ocupa más lugar en su “Diario” juvenil. Se menciona también a Hortensia (Hortensia Moya Camus), a la cual dedica en “Instantáneas de Luz y Sombra” el poema “Los ojos de mi amada”, pero cuya imagen luego desaparece sin dejar más rastro que el frío de sus labios, expresado en algunas líneas de sus íntimas experiencias. Hortensia, con su “frío rostro de joven anémica”, aparece como oposición frente a la ardiente Lorenza.

Consigue una ayudantía en la escuela de San Fidel; gana un sueldecillo, como dice en su “Diario”, que no alcanza ni para sus necesidades; pero luego pierde eso. Sus ideas socialistas y anarquistas no podrían parecer bien a las monjas que sostenían la escuela.

Por unos disgustos con su familia, vive en un conventillo y sufre gran pobreza. Para ganar algo, se hace amigo de poetas calle-

jeros y se convierte en un poeta popular. Sus pocas ganancias que, como un obsequio lleva para la familia, le permiten volver al hogar. Esta es una época de crisis en la vida del poeta. Carlos Pezoa Véliz no cree en nada y hasta le viene la idea de suicidarse. La falta de dinero lo lleva al Mercado: el joven poeta pasa a ser calador de sandías.

Nace el gran deseo de abandonar Santiago, ir a cualquier parte del mundo. Piensa enriquecerse cazando lobos de mar, o ir a Colombia para tomar parte en la revolución liberal. Por fin, parte a Valparaíso en busca de Forne, concesionario de islas de Juan Fernández, soñando con unas ganancias fáciles y fabulosas. Pero después de infructuosas búsquedas, dispendiada su exigua hacienda y truncadas las esperanzas, Pezoa Véliz vuelve luego a Santiago.

Otra vez cae el poeta en la miseria. Vive con Ignacio Herrera Sotomayor y ambos sufren hambre. Se alimentan de unas tazas de té y de pan. Con papeles de diarios Pezoa Véliz suplía los calcetines, pues la pobreza era tan grande, que le faltaba hasta lo más indispensable. Por fin logra encontrar una ocupación: desde mediados de junio de 1900, Pezoa Véliz sirve de furriel en el Escuadrón de Escolta. De nuevo lo vemos en las filas militares, pero esta vez tampoco dura mucho: apenas cinco meses. Tiene que salir, porque lo encuentran incompetente para la ocupación.

El joven poeta se siente mal de salud. Melancólicos y trágicos siguen sus días. Los amores que ahora tiene Pezoa Véliz, son de una bajeza notoria. Eso no es una novedad en su vida. No. Como nos cuenta en su "Diario", ya antes Clara Rosa Inés Luna había sido uno de esos amores momentáneos y sombríos que le hicieron olvidarse de sus días amargos. Ahora estos amores se repiten, pero con otras. El mismo nos escribe en su "Diario": "Vengo de una casa de prostitución y son las 11.45 de la noche. Ha sido un día negro el de hoy. Tal vez el día que más he perdido" (8).

Pezoa Véliz siente que lleva una vida de perdición y con unas impresionantes palabras clama al cielo: "¡Dios mío, favoréceme!

¡Condúceme a la felicidad, dándome valor y fuerzas para ser virtuoso, para llegar al fin de mis estudios! ¡Dios mío, favoréce-me!” (9).

Y como prueba de su victoria, Ignacio Herrera Sotomayor nos narra que “en unos cuantos meses preparó y rindió privadamente 10 de los 20 exámenes de humanidades del sistema antiguo” (10).

El 3 de agosto de 1902, los jóvenes escritores e intelectuales de Valparaíso, del “Ateneo de la Juventud”, le dan en su honor una velada. El joven poeta de cabellos rubios y un diente dorado, recita en la ciudad porteña sus versos; la juventud lo aplaude, pero sus días por eso no dejan de ser tristes y trágicos. Al quedarse más tiempo en Valparaíso, no tiene donde pasar la noche. Otra vez Pezoa Véliz se hace coplero y en compañía de poetas popularse sale a lucir su ironía y fina sátira a la calle. Lo vemos frecuentar los centros artesanos, donde por las noches se bailaba con señoritas obreras y se hablaba de la fraternidad de los trabajadores. Por fin se hace agente de avisos del conocido diario “El Chileno” y los pesos que gana de ello, hasta le permiten convertirse en un mozo elegante.

En 1904 se radica en Viña del Mar. Allí ejerce como profesor en el Instituto Inglés y, a la vez, trabaja como periodista. Empieza una nueva época en la vida del poeta. No sólo cambian sus juveniles años de pobreza y de hambre en una vida tranquila y holgada, sino también cambian sus ideas. Pezoa Véliz ya no es un muchacho bohemio de chaqueta arrugada, que en todas partes veía la explotación y predicaba la igualdad social, sino un hombre mesurado, profesor bien vestido, que cuida de sus aplanchados pantalones y ve en el trabajo la salvación del mundo. Viña del Mar aparece en sus escritos como una feliz e edílica ciudad: “Los que no habéis vivido la vida de los pueblos chicos, no sabéis la bondad de estos refugios callejeros. ¡Ah! Si conocierais a Viña del Mar, con sus gringos aristocráticos, sus caballos de fina sangre, sus árboles corregidos, su verdura de buen tono que vegeta en los jardines en forma de lira, de rombo o de triángulo” (11). En la calle de Viana, sus ojos

se deleitan al ver las rejas apretadas de campanillas y madreselvas y "niños de rostros coloradotes que juegan, ayas de tocados europeos que se entretienen haciendo de madres, mozas que arrancan rosas para enviarlas al hombre amado" (12).

En la casa de Pezou Véliz vemos concurrir a sus amigos. El poeta los acoge con los brazos abiertos (entre otros, a Augusto d'Halmar) y en su salón perfumado de rosas, les ofrece unos tés literarios. El "Ateneo" santiaguino lo invita a la capital a leer sus versos. La "Revista del Pacífico", así como el entusiasta público, recibe su poema "Pancho y Tomás" con calurosos aplausos. Pero hay diarios que apenas lo mencionan, porque Pezou Véliz es un poeta en cuyos versos se canta la injusticia social...

Pero no duró largo tiempo la tranquilidad del poeta. El 21 de septiembre de 1903 había muerto su madre adoptiva y, un poco después, el 20 de abril de 1904, muere su padre, con las piernas cortadas por el tranvía. Pezou Véliz, que ya había entristecido por la muerte de su madre, ahora cae en una desesperación. Se siente culpable por la muerte de sus padres, por no ayudarlos y por no traerlos a vivir a su lado.

En el verano de 1905, Pezou Véliz parte en una jira periodístico-cultural al norte de Chile, a la pampa salitrera. El mismo año se afilia al partido liberal y, después de participar en la campaña presidencial de don Pedro Montt, al triunfar éste, el 6 de junio de 1906, queda nombrado secretario de la alcaldía y municipalidad de Viña del Mar. ¡Verdadero triunfo para el poeta! Pero el mismo año, el 16 de agosto, sobreviene la más grande desgracia de su vida: el terremoto que destruyó a Valparaíso, arruinó su juventud. El joven y alegre Pezou Véliz queda inválido, con los dientes arrancados y las piernas fracturadas.

Lo vemos en el hospital Alemán del cerro Alegre en Valparaíso. Larga es la convalecencia del poeta herido. Se mejora, sale del hospital, pero nunca ya será el de antes, a pesar de que se cree luego sano y robusto. Le sobrecoge el empeoramiento. Algo extraor-

dinario le pasa al joven poeta: se siente mal, tiene dolores, no duerme, pierde peso. Los médicos tienen pocas esperanzas para salvarlo y concluyen por operarlo de apendicitis. Pero la herida no cicatriza. En busca de salud y mejor tratamiento, Pezoa Véliz se va a Santiago, donde lo operan nuevamente. Se descubre la terrible tuberculosis al peritoneo, que luego pasa a los pulmones, se hace general, y arranca la vida del malherido corazón del poeta. Murió en el hospital San Vicente, el 21 de abril de 1908. Santiago, que hace 29 años (13) le sirvió de cuna, recibió a su hijo dolorido para el eterno descanso.

Larga fué su enfermedad y dura la agonía. Su vida como su morir, es una trágica y dolorosa lucha de un hombre apasionado que quiso ser fuerte, pero que en la flor de su edad fué derrotado por la muerte, cruel diosa de la Nada, que tantas veces vislumbra en sus versos. "¡La voluntad, amigo! ¡Es necesario ser fuerte!" (14), escribía en una de sus cartas el 26 de mayo de 1904. Hasta los últimos momentos, su gran corazón de poeta soñador y bohemio quiso ser fuerte. Como queda expresado en "La última lluvia", uno de sus postreros poemas que escribió en el hospital San Vicente, todavía tenía fuerzas para sonreír al futuro y creía en "una fuerza de hombre sano" (15).

Siempre soñaba imponerse. Pero no siempre lo quiso así la vida. La diosa Fortuna le dió gran corazón de poeta, pero pocos años y pocos bienes para el sustento de sus días. Algo trágico pasa en su vida: Pezoa Véliz odia la política, pero la difícil vida le obliga participar en ella, haciendo propaganda y pronunciando discursos; es un soñador, pero por algún tiempo se preparó para ser zapatero y calar sandías en el Mercado; un espíritu antimilitar, y dos veces lo vemos en las filas militares; indiferente en las cosas religiosas, pero enseña catecismo en la escuela. Todo eso, además de su carácter bohemio y enfermizo, gran deseo de vencerse a sí mismo y así vencer en la vida, le dan un tono trágico a su existencia

y a su poesía. Su creación poética es una de las más auténticas expresiones de los doloridos hijos de esta tierra.

Pezoa Véliz dejó una obra breve y no concluída. Versos, artículos, cuentos cortos, memorias, una novela en preparación, forman su obra literaria. Como anuncia en su "Diario", su primera poesía, la "Noctámbula", la publicó en el "Búcaro Santiaguino", 11 de junio de 1899. "El Clarín", "Chile Ilustrado", "La Nueva República", "Luz y Sombra", "La Lira Chilena", "Pluma y Lápiz", "El Chileno", "La Revista Literaria" de Buenos Aires, entre otras, son publicaciones en las cuales colaboró el joven poeta. Su obra literaria, en un volumen aparte, sólo se publicó después de su muerte. Ernesto Montenegro fué el primero que, en 1912, con el título de *Alma Chilena* (Valparaíso), recopiló algunos versos y algunas prosas del poeta. Después, 1920 (16), en París, apareció una selección de sus poesías hecha por Leonardo Pena. En 1927, Armando Donoso publicó en Santiago una nueva edición de sus poesías y prosas, denominada con el nombre de *Poesías, Cuentos y Artículos*. El título de sus poesías, que lleva la edición preparada por Leonardo Pena, nos parece muy característico. Se llama *Las campanas de oro*. Este título, que poco antes de morir el poeta mismo lo había escogido para la edición de sus poesías, refleja el ensueño dorado de un enfermo y el espíritu soñador del poeta. Soñar para el poeta es característico, pues una vez hasta se imaginó ser hijo de nobles.

Su cultura literaria no era grande. No sin fundamento había observado Augusto d'Halmar que no había visto a un literato con menos letras...

Pezoa Véliz era gran adorador de Darío y de Zola. Entre sus lecturas vemos vislumbrar libros de Bécquer, Espronceda (*El diablo mundo*), Gutiérrez Nájera, Víctor Hugo, Heine, Eugenio Pelletán, Schopenhauer, Tolstoy (*La Guerra y la Paz*), Jaime Balmes, Michelet, Dickens, Maupassant, Rousseau, Daudet, Gorki (su libro *Los Vagabundos* le desagradó), etc.

Además debemos hacer notar que Pezoa Véliz fué secretario del "Ateneo Obrero" (1899) y uno de los fundadores de la "Bohemia Santiaguina" (1900), sociedad literaria que tuvo corta vida, y que participó en la ciudad porteña en el "Grupo Sociedad de Artes y Letras".

(1) Pezoa Véliz, Carlos: "Poesías, Cuentos y Artículos", pág. 301, edición ordenada, con un estudio, por Armando Donoso, Nascimento, Santiago, 1927.

(2) Gutiérrez Nájera, Manuel: "Sus Mejores Poesías", pág. 117, Editorial América, S. A.

(3) Ricardo A. Latcham, apoyándose en los datos obtenidos de Ignacio Herrera Sotomayor, dice que el verdadero nombre de Pezoa Véliz debió ser Díaz. El doctor Leopoldo Moya Camus, entrevistado por A. de Undurraga, afirma que el padre carnal del poeta se apellidaba Moyano.

(4) Undurraga, Antonio de: "Pezoa Véliz (Biografía, Crítica y Antología)", pág. 8, Nascimento, Santiago, 1951.

(5) Pezoa Véliz, Carlos: ob. cit., pág. 247.

(6) "Diario", citado por Antonio de Undurraga; Pezoa Véliz, página 51, edit. cit.

(7) Idem., pág. 54.

(8) Idem., pág. 80.

(9) Idem., pág. 79.

(10) Idem., p. 81.

(11) Pezoa Véliz, Carlos: ob. cit., pág. 291.

(12) Idem., pág. 290.

(13) Le faltaban 3 meses para cumplir los 29 años.

(14) Pezoa Véliz, Carlos: ob. cit., pág. 299.

(15) Idem., pág. 156.

(16) Posiblemente en 1920.

I I

HUELLA ROMANTICA

Los conocidos precursores del modernismo, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y José Asunción Silva, son en su fondo poetas románticos. Su romanticismo es doliente y trágico, como también fueron trágicas sus vidas.

Carlos Pezoa Véliz, que vivió una vida amarga y no menos

triste, tiene también algo de romántico. Al abrir su libro de poesías, nos encontramos con los siguientes versos:

*Ana, la triste amante del poeta, tenía
los grandes ojos negros, llenos de poesía,
ojos en cuyas cuencas ahuecadas y oscuras
había muchas penas y monstruosas ternuras (1).*

Es el mismo tono de la conocida "Serenata" de Schubert de Manuel Gutiérrez Nájera, llena de dolor y de la triste elegía del amor. En los ojos de Ana, "la triste amante del poeta", hay "muchas penas y monstruosas ternuras", dice Pezoa Véliz; los tonos de la "Serenata" de Schubert, que canta Gutiérrez Nájera, llevan también "muchas tristezas y ternuras" (2). Casi con las mismas palabras está concebida la triste elegía del amor en ambos poetas, muertos jóvenes, románticos y modernistas.

Pero sigamos adelante con el verso de Pezoa Véliz:

*Ana, la triste amante del poeta, era pálida
como eran su tristeza y su alegría escuálidas...*

.....
*Pálido crisantemo de pálida belleza
que crecía en el vaso de mi eterna tristeza (3).*

La "triste amante", su "palidez", "grandes ojos llenos de poesía y de tristeza", "pálido crisantemo", y "el vaso de eterna tristeza", todo esto demuestra la nota romántica de su "Nocturno". Hasta la risa de la amante es triste:

*Ana, la triste amante del poeta, reía
con una risa amarga que mil cosas decía,
con una risa extraña de largos estribillos
como esa de los triste y errantes organillos (4).*

¡Errantes y tristes organillos! Esta es la eterna canción romántica y, a la vez, su triste elegía del amor. La pena de Ana, la

triste amante del poeta, "era como una noche de blanca luna llena". Podemos decir, que hemos encontrado en su "Nocturno" lugares comunes del romanticismo. Y no sólo en su "Nocturno". Ellos se repiten en otros poemas, como, p. ej.: "un mar de romántica tristeza" (5), "los tonos tristes de la luna" (6), "los lúgubres ladridos" (7), "una canción muy triste" (8), "la melancólica tisis" (9), "niña triste" (10), etc. Pero son palabras o frases aisladas, que para definir su carácter poético no dicen mucho. Carlos Pezoa Véliz tiene algo de romántico, pero muy poco: sólo una que otra nota, sólo uno que otro poema. Más adelante, en el análisis de su obra, lo veremos más claramente y tendremos todavía ocasión de tratar de su romanticismo. Este capítulo sobre la huella romántica en Pezoa Véliz no tiene pretensiones de agotar el tema, sólo sirve de primer paso para entrar en el análisis de su obra. A pesar de que su Ana, la triste amante de su "Nocturno", está pintada con los toques románticos, "su pena era una pena de princesa alemana, envuelta en una risa parisién y profana" (11), dice el poeta en la penúltima estrofa de su poesía. La amada de su "Nocturno" está muy lejos de ser la Lorelei del romántico canto de Heine, siendo más bien una princesa parisién, con la cual se divierte un modernista en un París versallesco.

(Continuará).

(1) Pezoa Véliz, Carlos: "Poesía, Cuentos y Artículos", pág. 57, ed. citada.

(2) Gutiérrez Nájera, Manuel: "Sus Mejores Poesías", pág. 72, ed. citada.

(3) Pezoa Véliz, Carlos: ob. cit., pág. 58.

(4) Idem., pág. 58.

(5) Idem., pág. 92.

(6) Idem., pág. 92.

(7) Idem., pág. 88.

(8) Idem., pág. 73.

(9) Idem., pág. 99.

(10) Idem., pág. 118.

(11) Idem., pág. 59.